



SUMARIO. SECCION CIENTIFICO-LITERARIA: Artistas valencianos. D. Fernando Richart Montesinos, por «Francisco Martí Grajales».—A... (poesía) por «M. Gimeno Laplace».—Velada literaria en honor de Cervantes. El discurso, (continuación) por «German Salinas».—Cubiertas y anuncios.

Seccion Científico-Literaria

ARTISTAS VALENCIANOS

D. Fernando Richart Montesinos

NADIE podrá negarnos con fundamento el que la escuela pictórica valenciana se halla hoy día en un estado tan floreciente, que puede colocarse sin duda alguna á la cabeza del movimiento artístico español.

Buena prueba de ello es la numerosa falange de artistas que, como Gisbert, Sala, Domingo, Muñoz Degrain, Martínez Cubells, Pinazo, Richart, Borrás, Peiró, Jover, Benlliure y otros cien la enaltecen, y corroboran nuestro aserto con multitud de acabadas producciones de gran aprecio en los mejores mercados del arte.

De todos ellos pensamos ocuparnos, aunque no con el detenimiento que se merecen, en día no lejano. Por hoy vamos ha hacerlo de un jóven de briosa inteligencia, segun la acertada frase de un distinguido crítico, que

está llamado á ser uno de nuestros primeros pintores, si como hay derecho á esperar de sus gloriosos antecedentes, continúa el camino emprendido con entusiasmo y sin vacilaciones.

D. Fernando Richart y Montesinos, que es á quien aludíamos, nació en esta ciudad el día 13 de Agosto de 1858. Es discípulo de la Real Academia de San Carlos, y aunque por muy corto tiempo lo fué tambien de los conocidos pintores D. Gonzalo Salva y D. José Gallel.

Apenas terminados sus primeros estudios, en 1877 presentó su primera produccion al público, con motivo de la pequeña exposicion de bellas artes celebrada por la mencionada Academia, por la venida á esta capital del rey D. Alfonso XII. Su título era *La Mascarada*, y llamó sobre manera la atencion de los inteligentes, que pronosticaron al novel artista un porvenir muy lisonjero.

Más tarde, en 1879, al celebrarse la exposicion local de la Lonja, organizada y llevada á cabo por el excelentísimo Ayuntamiento de Valencia, acudió al indicado certámen con un cuadro de género, *La modelo*, por el que obtuvo una medalla de plata.

Publicada dos años despues la convocatoria para la Exposicion nacional de Bellas Artes, aprestóse nuestro biografiado, y fruto de aquellas tareas, fué otro cuadrado de idéntica especie que el anterior, titulado *Las dos modelos*, y del cual se ocupó, muy lisonjeramente para su autor, la prensa de la Corte nada benévola con los que acuden de provincias.

La exposicion regional llevada á cabo por la benemérita Sociedad Económica de Amigos del País y verificada en los jardines del Real en 1883, dió por otra vez ocasion á Richart de hacer patentes sus adelantos, presentándose á ella con unos *Estudios para un gran cuadro*, que merecieron ser distinguidos con la primer medalla de plata.

Pocos meses despues del anterior concurso debia celebrarse la Exposicion nacional de 1884, y nuestro artista, que buscaba ocasion oportuna para manifestarse cual debia, apercibióse á la lucha. Maduró el proyecto concebido anteriormente, y en pocos dias terminó su cuadro. Era éste *La entrada triunfal en Valencia del Rey D. Jaime el Conquistador*. En él, vése arrogante al famoso monarca aragonés avanzar á caballo por una de las calles de la ciudad precedido de varios guerreros y de un apuesto paje llevando las llaves de la ciudad y seguido de hombres de armas y caballeros. A ambos lados distingúense en galerías y ventanas, gentiles damas que contemplan el desfile del cortejo. En la calle alfombrada de flores, gente del pueblo abre paso á la victoriosa comitiva.

Inútil seria manifestar el efecto que causó esta obra; censurada por algunos mereció justísimos elogios de la crítica imparcial.

Hé aquí lo que decia de ella el revistero de *La Epoca* y distinguido escritor D. Luis Alfonso, al reseñar los principales trabajos, despues de describirla y notar los que á su parecer creia defectos:

«¿Qué le queda ya de bueno al cuadro? Quédale mucho; quédale no solamente aquella gentilísima figura del paje, la de varios guerreros—especialmente uno, en primer término á la derecha, que se apoya en su pavés—el vigor con que están tratados los paños, la diafanidad del horizonte, la animacion de la gente que presencia la entrada triunfal... sino la grandiosidad del conjunto, el sello personal de la obra y la llamarada de inspiracion que por momentos la ilumina.»

El dictámen del Jurado, del que formar parte Madrazo, Casado, Ribera y otros

notables artistas, le fué tambien favorable; una medalla de segunda clase fué la distincion obtenida, y la adquisicion de la obra, por el Gobierno, destinada á adornar una de las paredes de nuestro Museo de pinturas, la justa recompensa.

En la actualidad se ocupa en pequeños cuadritos de caballete, que los inteligentes de Madrid y Barcelona tienen ocasion de ver en las exposiciones permanentes, y tiene además en estudio otro gran cuadro, cuyo asunto está relacionado con nuestra antigua historia, y que le ofrece ancho campo en que poder lucir su brillante imaginacion y reconocido talento.

Esto lleva producido el artista. Como dijimos al principio, su inteligencia y laboriosidad prometen nuevos frutos, que confirmen las halagüeñas esperanzas que, sobre su porvenir le anunciaron las personas peritas al inaugurar con fortuna su carrera artística. El señor Richart no necesita que le alentemos, el camino emprendido con tanta brillantez le augura mayores triunfos que los alcanzados y un puesto entre los mejores, y más notables representantes de la pintura valenciana.

Francisco Martí Szajafro.

Valencia, Abril 1885.



A----

Eres el alma de esas que en la noche
Calladas armonías
Dan sér al sentimiento allá en el pecho
Y á la ilusion dan vida;
Eres la fuerza que me impulsa al cielo
Que vió mi fantasía
Retratado en el fondo de tus ojos,
De amores y de dicha
Soñada realidad de que dudára
A no serlo tú misma;
Y mis sentidos cantos no brotáran
De la olvidada lira
Si no pulsára sus doradas cuerdas
El aire que respiras.
Esas perdidas auras que á las flores
Roban la pura esencia;
Ese tranquilo, encantador murmullo,
De las olas inquietas;
La inmensidad azul y transparente
Que las estrellas pueblan,
Y en fin, el mundo todo, no se igualan
A tu sin par belleza,
Creacion del afan, obra tan solo
De una mano suprema

Que en tí quiso juntar las perfecciones
 En que inspirarse pueda
 Para soltar sus notas á los vientos
 El arpa del poeta.

N. Simeno Laplace.

VELADA LITERARIA
 EN HONOR DE CERVANTES
 DISCURSO

Continuacion. (1)

Ya fuese por las urgencias de la situación económica, ya por no convenir á la viveza de su espíritu la tranquilidad de las faenas escolares, el joven Miguel trasladóse pronto á la Corte, donde tuvo la fortuna de conocer al cardenal Aquaviva, mozo de singular virtud y en extremo aficionado á los cultivadores de las letras, que le recibe como á tal en su servicio, y le lleva consigo á Italia: escuela donde completa su educación, adquiriendo ese caudal de impresiones, lances, noticias y caracteres, que los viajes suministran á las imaginaciones ardientes; y aprendiendo en el estudio de la literatura italiana y el trato de la sociedad á conocer los últimos repliegues del pensamiento, y los secretos móviles que agitan y combaten el mar alborotado de las pasiones. No permaneció largo plazo en aquella doméstica servidumbre, que repugnaba su genial independencia; pues de allí á poco, le vemos separarse del cardenal, y sentar plaza en los tercios españoles, buscando satisfacer en el ejercicio de las armas la ansiedad de gloria que le devoraba; y aquí es donde debemos detenernos á considerar, si supo cumplir los altos fines de su misión en la tierra, primero como soldado y luego como escritor.

Señores, dos son los ideales políticos que persiguen los Austrias á su advenimiento al trono de San Fernando, además del predominio de la casa de Borgoña sobre la de Francia en la dirección de los negocios de Europa: el uno interior, el otro exterior; el uno el afianzamiento del poder monárquico sobre las ruinas del feudalismo moribundo, y el otro la venganza de la dominación agarena, y el aniquilamiento del Mahometismo en sus madrigueras del Africa y los mares de Levante. Y los dos ideales encontraron generoso intérprete y campeón decidido en Cervantes, con el ingenio y la pluma, con

(1) Véase el número anterior.

su sangre y con su espada. No podeis formaros idea exacta de las espantosas tragedias que sin vagar se representaban en el Mediterráneo, y de los despojos, muertes, robos y cautiverios de que eran escogido teatro las costas que bañan sus olas por los asaltos de los piratas berberiscos y turcos, que hicieron precisas nuestras expediciones al Africa; unas coronadas por el triunfo, otras acabadas desastrosamente, ensoberbeciendo á los turcos con el dominio del mar hasta el día de la jornada de Lepanto, en que Miguel Cervantes de Saavedra resplandeció por su heroísmo con una aureola que las edades no osarán desceñir jamás de su frente.

Habiase apoderado Selim de la isla de Chipre, famosa por sus vinos y perteneciente á los venecianos, reduciendo como de costumbre las heroicas ciudades de Nicosia y Famagusta á un hacinamiento de horrores. Espantada Venecia llama en su auxilio á los príncipes cristianos, y conviene la Santa Liga con el papa y el rey de España, que reúnen sus escuadras para vengar el desastre de Famagusta, y hundir en el polvo el orgullo de la Sublime Puerta. Jamás desde los tiempos de la república romana habia azotado la superficie del Mediterráneo tal muchedumbre de bajeles, guiados por una mano y conducidos al mismo fin, como ángeles vengadores de la eterna justicia. Amaneció el memorable 7 de Junio de 1571: el cielo estaba limpio y despejado, como si el sol quisiera ver con sus ojos de fuego la rabia con que se despedazan dos pueblos enemigos, y al momento que Andrea Doria descubre en el golfo de Cefalonia las velas de los turcos, D. Juan de Austria, generalísimo de la armada, enarbola en la capitana el estandarte de la Santa Liga, y al estampido del cañon anuncia á sus gentes la inminencia del combate. Un inmenso alarido estremeció los aires con tanto fragor, que no parecia sino que el cielo se desgajaba á pedazos, ó que el mar entreabria sus cavernosas fauces, para devorar las armadas que se disputaban con encarnizamiento su señorío. Terrible fué el encuentro del veneciano Barbarigo con Siroco; no menos furioso el de Uluch con Andrea Doria; y con igual empeño se buscaron y encontraron los caudillos Alí y D. Juan, lanzando al abordaje sus galeras. El genio de la destrucción habia extendido sus fatídicas alas, el humo oscurecia los aires, el estampido del cañon resonaba incesante como el trueno de esas

tempestades que forjan los climas tropicales, hervia el mar azotado por los remos, mezclando sus olas salobres con rios de sangre, crujían destrozadas las antenas con el estrépito del rayo, y en medio de tanta destrucción y tanto heroismo, solo la muerte sonreía con risa siniestra, al contemplar las innumerables víctimas sacrificadas en aras de los odios nacionales y religiosos. Allí peleaba el de Austria con el arranque de sus años juveniles arrollando á los genzaros, allí Barbarigo hartaba su sed de venganza en arroyos de sangre mahometana, allí D. Alvaro de Buzan, Nelson español á cuya pericia y arrojo jamás se negó la fortuna de los mares, con el ímpetu de sus acometidas y la rapidez de sus movimientos, centuplicaba sus naves acudiendo al mayor peligro, y sacando siempre las más señaladas ventajas; y allí tambien en aquellas inolvidables aguas, sirviendo como simple soldado en la galera Marquesa de Andrea Doria, yacia tendido un mancebo joven, presa de febril calentura, que le eximia del servicio; pero que más amante de la patria que de la salud, corre precipitado á donde el honor le llama, y responde á su capitán y sus amigos que le exhortan á descender bajo cubierta: «En todas las ocasiones que hasta hoy se han ofrecido de guerra á Su Majestad, he servido como buen soldado, y ahora no haré ménos, aunque esté enfermo y con calentura. Más vale pelear en servicio de Dios y Su Majestad, y morir por ello, que no bajarme de sobre cubierta.» Bizarra contestación que le vale el mando de doce hombres, y uno de los puestos de mayor lucimiento y peligro, desde donde se bate con la fiebre de la sangre en las venas y la del patriotismo en el corazón. Dos veces tentó el plomo su pecho firme como un baluarte, vino la tercera á visitarle y destrozó la mano izquierda de aquel valerosísimo soldado, á quien la posteridad llamára desde entonces *El manco de Lepanto*.

Y cuando despues de acabar tan inclitas hazañas vuelve á recojer en su patria la recompensa de sus servicios, acreditados por cartas de D. Juan de Austria y el duque de Sesa, y navega en compañía de su hermano Rodrigo hácia las suspiradas costas españolas, vése alcanzado por la escuadrilla del Mamí, renegado albanés y corsario célebre por sus piraterías inmortalizadas en nuestro popular romancero, y conducido á las mazmorras de Argel á sufrir todos los trabajos y miserias de la servidumbre.

¡Ah, señores! si la lengua castellana no hubiese levantado frente al palacio de la representación nacional, la estatua de quien supo descubrir en ella tantos veneros de elocuencia, tantos raudales de inspiración y armonía encantadora, la magnanimidad y el arrojo en que nadie le igualó durante su residencia en Argel, debieran haberle erigido de consuno aquellas trescientas estatuas, que el pueblo ateniense decretó un día á la memoria de Demetrio Falero.

Pues desde el punto que se siente aherrojado, comienza á tramar audaces proyectos de libertad, con peligro de su cabeza siempre ofrecida generosamente por salvar las de sus cómplices y compañeros. Proyecta su primer evasiva, y es abandonado por el guía en la mitad del camino; vende su familia el corto patrimonio que poseía, y el sacrificio no alcanza más que á rescatar á su hermano Rodrigo: huye á refugiarse en recóndita cueva, esperando con leales camaradas una nave que los arranque de suelo tan aborrecido, y nuevamente se vé descubierto y preso por las tropas de Hazan, ante quien se presenta seguro de su perdición y desesperado de su inmortal destino, asumiendo por entero la responsabilidad; y aquel sátrapa, que por sus crueldades mereció el nombre de homicida del género humano, no solo le exime de corporal castigo, sino que resuelve hacerlo suyo, comprándolo á su dueño por quinientos escudos. ¡Quinientos escudos por un Cervantes! ¡ay! ¡en su patria no daban por él mas que doscientos! ¿Creéis que tantas contrariedades le rindieron al abatimiento? pues aun no habia salido de la tercera, cuando una nueva intentona, como las anteriores abortada, le expuso á ser empalado vivo, y sin embargo vuelve deseguida á trabajar con mayor ahinco por la libertad, como el pájaro que ni un día deja de morder los alambres de su cárcel, por más que conozca la imposibilidad de realizar sus inútiles tentativas.

Por aquél entonces trabó relaciones amistosas con un fraile dominico, que se decia comisario del Santo Oficio, hombre depravado, tramoyista, discolo, envidioso, y delator tan despreciable, que en odio á Cervantes vendió al rey Hazan la libertad y la vida de sesenta caballeros cristianos y españoles, por un escudo de oro y una jarra de manteca. ¡Vil recompensa, pero digna de su infamia! Aprovechando la ocasión de haber aquél preparado y dispuesto la fuga, vengóse poniéndola en conocimiento de los argelinos, y sa-

boreando la satisfaccion de oir pregonar por las calles la cabeza de su rival aborrecido, que pudo salvarse y lo rehusó con entereza, dispuesto al martirio, antes que abandonar á sus compatriotas por su audacia puestos en extremo tan angustioso. Hazan, indignado, manda atarle las manos y ponerle una soga al cuello, y ya se disponia á pronunciar la inapelable sentencia, cuando, fuese la admiracion de su conducta, ó el influjo fascinador del genio que todo lo avasalla, trocose la ira en lástima y la venganza en perdon; mientras el infame Blanco de la Paz, envilecido y odiado por los buenos, se retorcia con las angustias del despecho, por haber contribuido á glorificar más y más la reputacion cuyo brillo pretendió empañar su aliento rencoroso.

Por último, sabedor de los preparativos navales de España, urde vastísima conjura á fin de quebrantar las mazmorras de veinte y cinco mil esclavos cristianos, que yacian en ellas víctimas del hambre, la epidemia y los crueles tratamientos, levantarse con el reino de Argel, y ponerlo bajo las plantas de Felipe II, añadiendo este rico florón á su corona en cuyos dominios jamás el sol se ponía. ¡Grandioso proyecto desbaratado por la casualidad á la traicion, ó lo que nosotros más creemos, por la eterna desgracia que como sombra de muerte perseguía de continuo al temerario cautivo, que hubiera acabado sus dias en la servidumbre, si sus amorosos padres no hubiesen malvendido las últimas reliquias de su hacienda, y si los frailes mercenarios, que se dedicaban á la redencion con un celo que no se detenía ante el mayor sacrificio, no rompieran al fin sus cadenas, rescatándole por quinientos escudos!

Con el júbilo inmenso del navegante que arriba á las serenas playas despues de la tormenta, con el corazon henchido de seductoras esperanzas, llega á la patria, corre á su pueblo, busca el hogar de su juventud, y se encuentra su amadísimo padre en la tumba, su familia sumida en la pobreza, víctima de los sacrificios que la impuso el rescate de los hijos, los amigos sordos á la voz de su necesidad, y en émulo implacable Blanco de la Paz, ya anteriormente rescatado, malquistándole con sus valedores, deslizandole sospechas acerca de sus creencias religiosas, y sembrando ruines calumnias sobre su conducta en Argel; calumnias y sospechas que dan lugar á la informacion de Sevilla, que es la patente más limpia de la honradez sin tacha de un soldado español.

Viéndose, pues, entre los suyos objeto de

ménos consideracion que en la cautividad, viendo que sus quejas se perdian en el desierto de la general indiferencia, sin deudos, sin parientes, sin amigos, sin hogar, sin amparo, y sin distinguir un rayo de esperanza en la deshecha borrasca de su infortunio, vuelve á alistarse con su inseparable hermano Rodrigo en los tercios que bajo la mano del duque de Alva y Sancho de Avila marchaban á la anexion de Portugal, porque la guerra era en aquel tiempo la única carrera abierta á la ambicion de la juventud, que no se sintiese inclinada al servicio de la iglesia vistiendo los hábitos del sacerdote; y en esta última campaña, resplandecieron como siempre su constancia y arrojo, y acabó de oscurecerse la estrella de su ventura; así que desesperanzado y triste, con sus ilusiones marchitas, resuelve hacer pedazos la espada del héroe, y empuñar aquella pluma de oro, que habia de ser la delicia de sus contemporáneos y el asombro de las venideras generaciones.

Todos sabéis, señores, cual fué el parto primero de su fecundo númen. Andaban puestas en boga las novelas pastoriles, cuyo gusto habia importado de Italia en España el portugués Jorge Montemayor con su *Diana*, continuada por Gil Polo; y Cervantes, creyendo llamar sobre sí la pública atencion, cultivando un género que tanto favor merecia, dió á luz su *Galatea*, acogida con notable frialdad, á pesar de su lenguaje puro, fluido y melódico, y del interés de las situaciones animadas al calor de un estilo pintoresco, y de la nobleza que presta á sus ficticios caracteres, que visten el cuerpo con el pellico del pastor, y el alma con las discretas razones de almibarados cortesanos. Dotes que la hacen merecedora de la piedad con que el cura y el barbero la tratan en el donoso escrutinio de la librería de D. Quijote; máxime por ser el fruto de la galantería con que quiso celebrar sus relaciones amorosas con D.^a Catalina Palacios, la esposa por su corazon escojida poco despues, y á cuyo cariño debió mayor suma de felicidad, que al falso espejismo de la gloria militar y literaria, que deslumbró sus ojos para amargar con triste desencanto su heroica y laboriosa existencia.

Establecióse ya casado en Esquivias por su cercanía á la Corte, á fin de activar sus pretensiones desatendidas, y como le agujoneasen los nuevos apuros de la familia, resolvió dedicarse al teatro, único campo, que en aquellos como en los presentes tiempos,

producia á sus cultivadores envueltos en hojas de laurel, frutos ópinos, sabrosos y abundantes; y compuso hasta treinta comedias, que segun nos asegura, pasaron la difícil prueba de la representacion, sin gritos, protestas ni bataholas; y algunos entremeses tan notables por la vis cómica, el estilo y el interés, que todavía son el deleite de los aficionados á las cosas de Cervantes; mas por las comedias *Los tratos de Argel* y *La Numancia*, únicas que han llegado hasta nosotros, vemos que no estaba dispuesto á seguir la ruta trazada por Lope de Vega á sus coetáneos y sucesores, y entonces no habia otro remedio que someterse á su autoridad avasalladora, ó apartarse de la liza para no ser arrollado por la enemiga del público. Además, ¿podía nuestro Miguel competir con Lope de Vega en quien la naturaleza y la fortuna parece que quisieron dejar exhaustos los tesoros de sus gracias, favores, hechizos y lisonjas?

Dotado de facilidad tan asombrosa, que no la recuerdan igual los fastos de ninguna literatura, y de imaginacion tan fecunda, que le permite componer en el trascurso de su azarosa existencia mil ochocientas comedias y cuatrocientos autos sacramentales y un conjunto de veinte y un millones de versos; conocedor de lo que nunca acaban de conocer los hombres de talento, del corazon femenino con sus debilidades y flaquezas, sus ternuras apasionadas y nobles sacrificios, como lo demuestran *La esclava de su galan*, *La niña boba*, *Los anzuelos de Fenisa* y *La estrella de Sevilla*; sabiendo convertir en sustancia de su propia inspiracion las legendarias tradiciones del pueblo español y sus sentimientos caballerescos y bizarros; conocedor de la Historia que proporcionaba argumentos á sus dramas, y de las costumbres y los vicios de la sociedad contemporánea, que le urdian la trama de sus comedias; habiendo adivinado como por instinto que el teatro debe alimentarse de la sávia que circula por el tronco de la nacionalidad, pues cuando se nutre con ideas, pasiones y caracteres estraños, y se viste el ropaje de otras edades, el público que ódia lo que no le interesa, porque no lo comprende, acaba, como en la Roma antigua, por abandonarle, y sustituirle con los mimos y las luchas de los elefantes; y teniendo bastante arrojo para erigirse en su audaz reformador, logra acallar las voces que Aristóteles y Horacio le daban en sus clásicos preceptos: viste á la española con la elegancia de su fluida versi-

ficacion lo antiguo y lo moderno, sin curarse de épocas ni naciones, y destierra del teatro las pálidas, frias é incoloras imitaciones del clasicismo, echando los cimientos de su escuela enteramente nacional, que solo pudo derrumbarse, cuando consumida hasta los tuétanos, vino la nacion al abatimiento é impotencia á donde le condujo la incapacidad del Rey Hechizado.

No atreviéndose nadie á competir con la colosal figura de este *Fénix de los ingenios* y *Mónstruo de la naturaleza*, no hubo más remedio que someterse, y en su torno se agruparon los poetas dramáticos, desde el afectuoso Montalvan, el autor de *Él para todos*, hasta Guillen de Castro, el autor de *Las mocedades del Cid*; y su imperio en la escena llegó á ser más absoluto y avasallador, que el de los monarcas de la casa reinante, que pasaban no sin justicia por los más absolutos que han ceñido la corona de las Españas. Y como si la naturaleza hubiese hecho todavía poco en su favor, vino la suerte, al revés de Cervantes, á lisonjearle con sus incitadores alhagos. Los reyes le distinguian, los próceres le llamaban su amigo, y el vulgo, como á Horacio en Roma, le señalaba con el dedo al cruzar las calles de Madrid. Aquí un actor le pide con urgencia una comedia nueva, allá otro le encarga un auto del Corpus: ya es un magnate que se acerca á felicitarle por la última ovacion, ya un extranjero que viaja con el único objeto de conocerle, ya un atrevido que le recorta un pedazo de la sotana por tener algo de la pertenencia de Lope, ya una dama que, despues de entregarle sin resistencia ese tesoro que una vez perdido nunca se recupera, le persigue llamándole á voz en cuello robador de su honra; ya un indigente que se le aproxima confiado en su magnífica liberalidad, ya un Pontífice que se vanagloria de escribirle, y todo un pueblo que nunca cesa de aclamarle.

¿Podía Cervantes luchar en un terreno que no era el suyo, con este coloso del genio y la fortuna? Imposible. Hubo, pues, de ceder el campo, y retirarse de la publicidad, dedicándose á ocupaciones modestísimas y humildes para ganarse el pan de cada dia, y pasando una série de vicisitudes, trabajos y miserias, capaces de ruborizar á todo español que en algo estime la dignidad de la pátria, la cual no halló mejor recompensa á sus servicios, que la de nombrarle comisario de provisiones de la armada, con cuyo empleo pasó á Sevilla, centro á la sazón y

abrigo de todos los pícaros de España. Acabada su comision, solicita pasar á las Indias, y su solicitud obtiene la más rotunda negativa, habiendo de contentarse con el empleo de cobrador de las contribuciones que adeudaban varios pueblos del reino de Granada, empleo que le produjo gravísimos sinsabores, comprometiendo su libertad y la honra de su nombre.

¡Ah, señores! causa honda pena el considerar las angustias que debían oprimir el corazón de Cervantes en este oscuro y fatigoso período de su vida, dedicado á ocupaciones propias de entes vulgares, vagando á merced del viento de la contrariedad de Andalucía á la Mancha y de la Mancha á Castilla, expuesto á ser encausado por partidas insignificantes, y en lucha abierta con el ódio de los contribuyentes, las fórmulas de la justicia y la suspicacia ofensiva de los inspectores de los libros; debió sufrir tormentos acaso mayores, por lo mismo que los rechazaba mayormente la altivez de su carácter, que los afrontados en Argel. Allí luchaba contra la seguridad de Hazan y el ódio de los berberiscos, y aquí contra la ingratitude de su patria, que parecia rechazarle de su seno como un fruto de maldición. En los intervalos que le dejarán libres las ocupaciones á que la dura ley de la necesidad le compelia, escribió sin duda, si no todas, algunas de sus novelas ejemplares; y en esta época fué tambien cuando se determinó á poner mano en su poema de *El ingenioso hidalgo de la Mancha*, cuyas primeras páginas se escribieron en la estrechez de una cárcel «donde toda incomodidad tiene su asiento, y todo triste ruido hace su habitacion»

Y al llegar á este punto, permitidme, señores, una rápida excursion por el campo de los sentimientos, las instituciones, ideas y literatura de la Edad Media, que iba á sepultar con el sudario del ridículo la ironía insinuante, punzadora y festiva del *Quijote*: porque solo trasladando nuestro espíritu á las épocas en que dominan los sentimientos y la literatura tan hábilmente satirizados por la obra maestra del ingenio español, es como podemos formar aproximado concepto de su capitalísima trascendencia, y convencernos de la fidelidad con que supo cumplir sus altos destinos. Ya le hemos visto como soldado defender la religion y la patria contra los turcos sus eternos enemigos, ahora como escritor verémosle sepultar con sus irónicas carcajadas los últimos restos que el feudalismo habia impreso en nuestras costumbres.

Así como la naturaleza de los pueblos antiguos era la absorcion del individuo en la entidad superior del Estado, la naturaleza de los tiempos medios era la destruccion de la nacionalidad por la energía vigorosa del individualismo. En los imperios despóticos del Oriente, la persona es una piedra que contribuye á levantar el suntuoso edificio de la monarquía absoluta, en las repúblicas griegas un factor que suma la ciudad, en Roma una fuerza puesta á la disposicion del Estado, para realizar su eterno sueño de la soberanía universal. No busqueis al hombre de la naturaleza, al hombre del sentimiento, al hombre de la familia, porque no lo encontrareis: sobre estos caracteres resalta oscureciéndolos á todos, el carácter de ciudadano tan solícitamente conservado y en tan alta estima habido, que el destierro de la ciudad equivalía casi á una sentencia de muerte. Y el predominio del sentimiento civil y político sobre el natural y de familia, trajo por consecuencia aquel imperio tan vasto y corrompido, que abrazaba con su corona de hierro las naciones bañadas en el Mediterráneo, y que estaba condenado á caer hecho pedazos como un enorme monolito, al empuje irresistible de los bárbaros del Norte, que llevaban en su sangre y en su conciencia elementos de vitalidad contrarios á los pueblos antiguos, y absolutamente precisos para que la humanidad siguiera su camino y realizase su brillante mision sobre la tierra.

Escudriñad el hormigueo de los infinitos pueblos, que de la Europa septentrional bajan á repartirse la despedazada púrpura del imperio; y en ellos encontrareis muerta la idea de nacionalidad, rotos los vínculos de la union, indefinido el concepto del Estado, y enérgicamente impreso el orgullo de la valía personal, y el amor á la indisciplina de la libertad, que aniquilaron su poder descuartizándole en pequeñas regiones, las regiones en distritos, y éstos en lugares; pareciéndose próxima á evaporarse de la conciencia humana la nocion de la patria, al fuego del espíritu invasor, que la redujo á porciones microscópicas, sobre las cuales alzóse poderosa y temible la sombra aterradora del feudalismo.

Y como su más viva y enérgica protesta, levántase la caballería, hija tambien del esfuerzo individual, que viene á mellar el hierro que la fuerza ponía en manos del señor, y á libertar el siervo, amparar la viuda, defender al huérfano, socorrer al ne-

cesitado, y á acudir en auxilio del débil, oprimido y menesteroso, contra los grandes, los fuertes y los opresores; haciendo una religion del sacrificio, una virtud de la galantería y un ídolo del valor. Esta institucion tan profundamente encarnada en las costumbres de la Edad Media, arraigó con mayores fuerzas en España, á causa de la contienda que en su suelo libraban la Cruz y la Media Luna con rencor encarnizado, y á causa de nuestro carácter aventurero, hazañoso y amigo de la libertad, que tan bien se compadecía con las arrogancias del Cid y Bernardo del Carpio, las justicias personales de D. Pedro el Cruel y los pasos honrosos de Suero de Quiñones; y como toda institucion que arraiga sólidamente en un pueblo, tiende á reflejarse en una literatura especial, que la conserve en la memoria del mismo; de aquí el nacimiento de los libros caballerescos, de origen extraño como el feudalismo y la caballería; pero que bien pronto tomaron carta de naturaleza, y tal boga y popularidad alcanzaron, que solo el cauterio de la sátira del *Quijote*, pudo cicatrizar las llagas que en la perversion del sentido y el gusto literario dejara su funesta lectura.

Dos son las fuentes principales de donde brotan los innumerables libros de caballerías, que inundaron la Europa desde el siglo duodécimo hasta la publicacion de la obra de Cervantes: la crónica de Godofredo Monmud que origina el ciclo breton, y la del arzobispo Turpino de donde nace el ciclo carolingio: de la primera, que relata las fabulosas hazañas del rey Artús, arrancan las historias de Lanzarote del Lago, D. Perceval de Gaula y los caballeros de la Tabla Redonda: de la segunda, brotan las hijuelas que refieren las expediciones de Carlo Magno y sus doce pares, íntimamente relacionados con nuestra vida nacional, y difundidas por traducciones de tal suerte y con tanta rapidez, que presto el influjo de los sentimientos caballerescos se deja sentir en nuestro romance poema y teatro, estimulándonos á la composicion de libros caballerescos españoles, al frente de los cuales, dogmatizador de tan mala secta, como Cervantes le llama, aparece el *Amadis de Gaula*, que por la invencion de la fábula y los encantos del estilo mereció librarse del auto de fé á que el Cura y el Barbero, el ama y la sobrina tenían condenados los cuerpos de la librería quijotesca. Deseguida las prensas comenzaron á sudar novelas de la misma índole,

ya que no de igual mérito, presentándose en el escenario de la publicidad *Las sergas de Esplandian*, *Lisuarte de Grecia*, *Florisel de Niquea*, *D. Silves de la Selva*, *Primaleon*, *Platir*, *Polindo*, *Palmerin de Oliva*, *D. Cirongilio de Tracia*, *El Caballero de Febo* y el *Feliarmarte de Hircania*; todas merecedoras del fuego, exceptuando el *Palmerin de Inglaterra* y *Tirante el Blanco*, ya en espacion de sus culpas, ya para alumbrar con las llamas la oscuridad de su estilo, la confusion de sus argumentos y la metafísica de sus alambicados conceptos; pues no habia absurdo, quimera ni disparate imposible á que no diesen cabida aquellos delirios de imaginations calenturientas. Hazañas prodigiosas, casos estupendos, reyes convertidos en cuervos, caballeros que cabalgan por los aires en caballos de madera, héroes que de un tajo rebanan media docena de descomunales gigantes, como si fuesen hechos de alfeñique; princesas encantadas que con voz lastimosa surgen de un lago de pez hirviendo, para incitar á sus tímidos caballeros á sorprender los maravillosos secretos ocultos bajo su ardiente superficie cuajada de sapos, lagartos y culebras; brazos tan robustos, que destrozan un ejército de cien mil combatientes, cual si fueran de habas, como los frailecitos que forman los niños en sus juegos infantiles; caballeros andantes que retan y vencen á los cortesanos, y conquistan por sus bríos el hospedaje en los palacios de los reyes, y el corazon de las princesas que á furto de sus padres les miran apasionadas de su bizzarria y buena fama, y prometen en su interior sorprenderles de noche en las ociosas plumas, y ser suyas con todos los sentidos y potencias, encantadores malignos y envidiosos, que todo lo truecan y desfiguran á sabor de sus ódios ó simpatías, como acontece á D. Quijote en sus prósperos sucesos; damas antojadizas y crueles que permiten á sus amantes hacer mil sandeces por el gusto de volar en alas de la fama adornadas con los epítetos de ingratas, fieras y desconocidas, sabiéndose muy bien que su desvío más nace de melindre que de dureza de condicion; tales y aun mayores desatinos, constituyen el fondo de los libros de caballerías, que Cervantes condenó á muerte por extraviar juntamente con el sentido moral el sentido comun y el gusto literario.

(CONTINUARÁ.)

IMPRESA Y LIBRERÍA DE JOSÉ ARMENGOT
Zapateros, 52 y 54